

046. El Rico en misericordia

El Papa Juan Pablo II publicó una encíclica con el nombre tan significativo de *Dios rico en misericordia*, y dieciocho años después, como una preparación inmediata al Tercer Milenio, quiso que la Iglesia reflexionara durante todo un año sobre *Dios, Padre Misericordioso*. ¿Por qué? ¿Por qué esta insistencia en mirar la riqueza inmensa de la bondad de Dios? Ante lo mucho que peca el mundo, ¿no hubiera sido mucho mejor prevenirnos sobre los castigos que vendrán sobre el transgresor de tanto mandamiento divino? ¿Por qué no insistir algo sobre el Dios Juez, igual que lo hacemos sobre el Dios Padre bueno?...

Un ancianito, lleno de prudencia, de sabiduría celestial y de mucho amor a Dios, nos daba la respuesta segura y más acertada:

- *¡Qué suerte tenemos de que Dios sea tan bueno! Cuando yo era chico me enseñaron a temer a Dios, y sin embargo no me porté muy bien durante bastantes años. Después conocí a Dios, que me amaba mucho, y por este amor aprendí a no ofenderle más. Y el amor de mi buen Dios me ha hecho también temerle. Si desprecio su amor, ¿qué remedio le quedaría a mi buen Dios sino castigarme?...*

Magníficamente bien pensado. El ancianito venerable, a fuer de tanta oración, penetraba en los misterios de Dios como el más agudo de los teólogos. Nosotros, nos vamos a quedar hoy con su pensamiento:

- *¡Qué suerte tenemos de que Dios es tan bueno!...*

Nuestra sociedad, en muchos sectores, vive desesperada por tantos fracasos. Y en otros muchos sectores vive muy alejada de Dios. Por eso necesita esperanza e ilusión, y, para ello, se requiere volver a un Dios que sea amor, que no le dé miedo, que le abra un corazón y unos brazos de Padre.

Es ésta una idea que nos demostró un gran poeta judío alemán con un gesto muy de poeta. Había pasado sus años mejores entregado a la diversión y al placer. Fracasado en su espíritu cuando notó la tuberculosis ósea que le llevaría al sepulcro, va al Museo más famoso de París, se arrodilla ante la estatua semidesnuda de la diosa Venus, a la que le faltan las extremidades superiores, y le suplica:

- *Ya ves que te he consagrado por completo mi vida. ¡Sálvame!*

Y la diosa del placer le contesta a secas:

- *¿No ves que no tengo brazos?...* (Heine y la Venus del Louvre)

El mundo no nos aliviará nunca en nuestros dolores íntimos. Ante la conciencia ensombrecida, el único que nos mitigará las penas y nos dará la paz es el Dios del que dice repetidamente la Biblia:

- *El Señor es clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas* (Salmo 12,11-12)

Con todas sus criaturas, hasta con aquella que más le haya ofendido, pues sigue la Palabra de Dios:

- *Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles.*

Este Dios nuestro es muy diferente de la diosa del placer. Nuestro Dios es amor, y porque es amor no lo manifiesta tanto en la belleza y la alegría sensibles —aunque Dios

las derrame en tanta abundancia— cuanto en el compadecerse de nuestras flaquezas y miserias. Lo expresó delicadamente una fina poetisa mejicana:

- *Amor, dijo la rosa, es un perfume; amor es un murmullo, dijo el agua; amor es un suspiro, dijo el céfiro; amor, dijo la luz, es una llama. ¡Oh, cuánto habéis mentido! ¡Amor es una lágrima!...* (Josefa Murillo)

Dios no solamente se compadece de nuestras debilidades físicas y morales, sino que las compartió plenamente con nosotros en Jesucristo, hecho en todo semejante a sus hermanos, menos en el pecado; e incluso el pecado lo cargó sobre Sí, inocente, para pagar por todas nuestras culpas.

¿Es por eso nuestro Dios un Dios débil, un Dios a medias, un Dios que no inspira seguridad?... Todo lo contrario. Dios es tan fuerte como misericordioso. Más: su omnipotencia, su poder infinito, su grandeza máxima los manifiesta precisamente con la misericordia y con el perdón.

Nunca aparece más grande Dios que cuando perdona.

Nunca lo vemos tan soberano como cuando se levanta sobre tanta miseria nuestra.

Sólo el que es grande no hace caso de cosas triviales. Y cuando perdona y se compadece no lo hace con la soberbia nuestra y con desdén, sino comprendiendo nuestra pequeñez, nuestra debilidad, nuestra impotencia. Por eso nos acogemos a Dios, porque sabemos que Él es el único que no nos falla en nuestro dolor y que nos comprende en nuestras caídas.

Aquel gran sabio había perdido a su madre, tan querida, y no hacía más que llorar. Un amigo, también de gran calidad humana y social, le reprocha cordialmente:

- *Parece mentira que usted, con tanta fe, no reconozca en la religión la suprema fuente del consuelo.*

Entonces el gran sabio, serenándose, responde al amigo:

- *Sí, Jesucristo es Dios y es nuestro Salvador. Yo no podría creer en un Dios que no quisiese y no pudiese enjugar mis lágrimas con el paño de la esperanza* (Vázquez de Mella a Menéndez y Pelayo)

Esta es la gran verdad. El mundo, que ha perdido la esperanza, necesita más fe en un Dios bueno y misericordioso. Ha de convencerse de lo que al viejecito le llenaba de alegría: *¡Qué suerte tenemos de que Dios es tan bueno!...*